POR UNA ESCUELA DEMOCRATICA

A raíz del largo conflicto que mantuvo cerradas las escuelas públicas por casi dos meses, se comenzó a hablar con insistencia de la necesidad de emprender una reforma estructural del sistema educativo. Mucho me temo que nos falte el suficiente coraje para emprender dicho cambio y que, parapeteado el conflicto, todo siga más o menos igual. También sería lamentable que emprendamos un proceso de cambio sin tomar en consideración la esencia de lo que significa educar. Detrás de las palabras de muchos de los que vocean la necesidad de cambios profundos, se oculta la intención de hacer de la escuela un aliado dócil del sistema de mercado imperante. Ignorando por completo que la genuina educación se orienta al desarrollo integral de la persona y a la gestación de una democracia de calidad, es decir, política, económica y social, les preocupa únicamente hacer del alumno un productor eficiente y un consumidor acrítico. En esta concepción extremadamente reduccionista de la educación, la eficiencia técnica sustituye a la acción política, y la instrucción del individuo sustituye a la educación del ciudadano.

Antonio Pérez-Esclarín

Este artículo sólo pretende aportar algunos elementos claves para el debate educativo necesario. Si bien la educación es problema de todos, los educadores no podemos permitir que los cambios se cocinen a nuestras espaldas, sin nuestra participación. Es urgente, por ello, que asumamos el protagonismo que nos corresponde y nos lancemos a imaginar y construir un modelo de escuela que responda a las exigencias del momento. Si bien muchos siguen pensando que los maestros somos el problema, debemos demostrar con nuestra práctica que, más bien, nosotros somos la solución posible.

LA ESCUELA DESARTICULADA DE LA VIDA

Si hoy estamos comenzando a aceptar que vivimos en un cambio de época más que en una época de cambios, necesitamos plantearnos una nueva manera de ver las cosas. Esto exige abandonar muchas de nuestras viejas seguridades y certidumbres para emprender caminos realmente innovadores. Me suele gustar echar el cuento de aquel hombre que, tras vivir durante casi cien años en estado de hibernación, un día volvió en sí y quedó sobrecogido por el asombro de tantas cosas insólitas que no podía comprender: los carros, los aviones, los edificios, el teléfono, la televisión, los supermercados, las computadoras... Caminaba aturdido y asustado por las calles, sin encontrar referencia alguna con su vida, cuando vio un cartel que decía: ESCUELA. Entró y allí, por fin, pudo reencontrarse con su tiempo. Prácticamente todo seguía igual: los mismos contenidos, la misma pedagogía, la misma organización del salón con la tarima y el escritorio del profesor, el pizarrón, y los pupitres en fila para impedir la comunicación entre los alumnos y fomentar el aprendizaje memorístico e individual.

Si el cuento tal vez resulta cruel y para algunos excesivo, sirve al menos para constatar la creciente desarticulación de la escuela con la vida y para subrayar el poder acomodaticio de la escuela que anula y aniquila la mayor parte de las propuestas de cambio. Después de un cierto tiempo de agitación y emoción ante una nueva propuesta pedagógica, poco a poco todo vuelve a ser penetrado por la misma vieja rutina.

Sin embargo, la realidad del país que agita sus miserias en las garras de una crisis muy aguda y estructural debe llevarnos a los educadores a cuestionar profundamente nuestra labor y a redimensionar nuestros esfuerzos. Necesitamos con urgencia propuestas innovadoras de modelos educativos que ayuden a visualizar y concretar los rumbos que debe emprender la educación, y nos demuestren a todos que sí es posible superar el actual estado de pesimismo y desconcierto, e imaginar y gestar una sociedad donde todos tengamos cabida y podamos desarrollar nuestras potencialidades. Porque, si bien es cierto que la educación no va a sacar al país de la crisis, también lo es que no saldremos apropiadamente de ella sin el aporte de una educación renovada. En momentos en que todo se quiere privatizar y hasta se pretende liquidar la cultura de los derechos universales a bienes y servicios garantizados por el Estado, entre ellos el de educación, que en vez de ser un medio para democratizar la sociedad, está contribuyendo eficazmente a mantener y ahondar las desigualdades (buena educación para los que puedan pagarla y con ella acceso a los cargos de dirección y poder, y pésima y mínima educación —o nula educación— para los empobrecidos, que sólo tendrán acceso a los puestos de trabajo peor remunerados o a la economía informal), los educadores tenemos que levantar nuestras banderas en la exigencia al Estado y a la sociedad de una educación pública de calidad, que posibilite a todos una vida de calidad. Esto pasa por superar definitivamente nuestras actuales escuelas, centradas en el maestro y en el programa, alejadas de la vida, del trabajo y de la gente; para empezar a imaginar y construir escuelas como lugares para vivir y construir una democracia de calidad, lugares de producción integral y lugares de expresión y celebración de la vida. De-

La Escuela debe ser lugar de expresión y celebración de la vida

sarrollemos brevemente estas ideas.

LAS ESCUELAS LUGARES PARA VIVIR Y CONSTRUIR UNA GENUINA DEMOCRACIA

Como ha escrito Marco Raúl Mejía, la actual sociedad, buscando la eficiencia, olvida la justicia y la inclusión de los excluidos[1]. La consigna del éxito para individuos, sectores sociales y países no es la cooperación o solidaridad, sino triunfar en la competencia con los demás. Esta sociedad depende y fomenta una democracia cada vez más vaciada de sentido, selectiva y excluyente, donde la calidad del ciudadano se equipara con su capacidad de consumir[2]. Si el conflicto es parte fundamental de toda democracia genuina, se está difundiendo una mentalidad que trata de impedir los conflictos orientando el empuje emotivo de la población hacia formas regresivas de identificación con el poder fuerte y la satanización de los enemigos de turno a los que trata de responsabilizar de todos los males: antes, el comunismo; ahora, cada vez más, los pobres, los estudiantes, los emigrantes, las gentes de los barrios. En vez de considerar la delincuencia como una consecuencia de las políticas económicas y sociales, se la considera causa del problema, y por ello, en lugar de acabar con las causas que la ocasionan, se multiplican los llamados y planes para reprimirla. El descrédito en que, en parte por su propia práctica, su apego al pasado y su incapacidad de renovación, han caído los sindicatos y gremios, se está utilizando para acabar con toda posible forma de organización y de lucha, llegando incluso a criminalizar estas manifestaciones, lo que deja al individuo completamente inerme frente a la voracidad del mercado. Una mercantilización absoluta invade todos los ámbitos de la vida e impone la lógica de la dominación y de un individualismo feroz.

Frente a esta mentalidad, que se presenta además con pretensiones hegemónicas, los educadores debemos ser los abanderados de una democracia integral, sólo posible en el marco de la justicia social, pues el primer requisito de la democracia tiene que ser asegurar la vida y el bienestar de todos. No podemos aceptar el aumento de la riqueza material a costas de la riqueza humana. La esencia del desarrollo consiste en que todos los seres humanos vivamos mejor. La planificación del desarrollo debe contemplar la planificación del desarrollo integral del ser humano y, por consiguiente, debe incluir las necesidades básicas, tanto materiales como no materiales, de todos: comida, vivienda, vestido, salud, educación, recreación, creatividad, autoestima... La genuina democracia supone que todos tengamos espacios para pensar, relacionarnos, conocernos, confrontar ideas, imaginar, proponer, planificar, programar. Que podamos participar en el plano político, cultural y productivo.

Si la educación que hoy domina y se propone no prepara a los educandos para la cooperación sino para la competencia, y continuamente está comparando y oponiendo a unos alumnos con otros[3], la educación en y para la democracia debe enseñar a trabajar y aprender en colectivo, a proponer, a escuchar, a dialogar. Esto supone una escuela que ella misma sea una verdadera comunidad democrática, semilla y también ya espejo de la sociedad que buscamos y queremos. El modo de organización, de ejercer la autoridad y el poder, la forma en que se tratan los diferentes miembros de la comunidad educativa, el respeto a la diversidad y las diferencias, la responsabilidad y compromiso con que cada uno asume sus tareas y obligaciones, la defensa de los derechos de los más débiles, la solidaridad que se practica en todos los recintos y tiempos escolares, la manera con que se enfrentan los conflictos y se busca solución a los problemas... debe, en cierta forma, expresar el modo de vida y de organización de la sociedad que queremos. Sociedad que permita una vida digna para todos, que respete las diferencias individuales, de género, culturales, sociales y religiosas; que posibilite y promueva la participación en la toma de decisiones y en la vida cívica y política cotidiana. Una sociedad que reconozca la diversidad como riqueza, que respete las diferencias sin convertirlas en desigualdades, y que considere el desarrollo humano como la base de todo desarrollo.

Todo esto nos plantea la necesidad de reeducar al educador, algo nada fácil, porque se le pide ser un agente democratizador en un entorno de creciente autoritarismo en los espacios familiares, laborales, políticos y sociales. El educador como dirigente de un proceso educativo en sí mismo democrático y democratizador, tiene que adquirir la «cultura del diálogo» que asume la diversidad de criterios como momentos de enriquecimiento y el error como una excelente oportunidad de aprendizaje. Si, como plantea Carlos Calvo[4], en la verdadera educación todo es posibilidad, en la es-

cuela tradicional todo es determinación: el alumno tiene que responder lo que el maestro espera. No hay lugar para el asombro, para la intuición, para la incertidumbre, para la duda, para la creación. Educar para la democracia implica educar para la incertidumbre. Sólo la dictadura y el autoritarismo están llenos de certezas. El genuino educador, más que imponer la repetición de fórmulas, conceptos y datos, orienta a los alumnos hacia la creación y el descubrimiento. El educador, como el poeta, es un hacedor de preguntas inocentes. La pregunta, y no la respuesta, constituye lo medular en los procesos educativos. Por eso, si la actual escuela es un lugar y un tiempo para aprender certezas estériles, necesitamos escuelas que sean lugares y tiempos para equivocarse y asumir el error como base para el aprendizaje. En este sentido, resultan iluminadoras las palabras de ese gran maestro, también poeta, José Martí: «Como la libertad vive del respeto y la razón se nutre de lo contrario, edúquese a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan y oír sin ira ni mala sospecha lo que piensan otros».

LAS ESCUELAS, LUGARES DE PRODUCCION INTEGRAL

Producción de conocimientos significativos y no consumo de respuestas prefabricadas y contenidos irrelevantes. Por ello, producción de las habilidades, destrezas y capacidades para ser sujetos del propio aprendizaje, de modo que se esté en capacidad de aprender permanentemente. Producción material, simbólica, política, de teoría (produce explicación de sus acciones y concepciones), y de respuestas a los problemas urgentes, por ello, producción de vida con sentido y calidad para todos. Producción también de una mentalidad y una cultura que asume el trabajo tanto manual como intelectual seria y responsablemente, como un valor esencial, como la fuente principal para obtener los bienes y riquezas necesarios para posibilitar vida digna a todos. Producción donde el hombre y no el producto o el mercado son de veras lo importante y, por consiguiente, es capaz de denunciar las falacias de los que defienden la necesidad de producir pero se niegan a una justa distribución, con lo que tienden a considerar al capital humano como un recurso barato para el capital.

Todo esto nos plantea la necesidad de asumir en las escuelas una educación para la producción y la capacitación técnica por un lado, sin descuidar, como decíamos antes, la educación en los valores de la genuina democracia. Se trata no sólo de producir más, sino de mejorar la calidad de vida. Se trata no sólo de beneficiar a los sectores populares, sino de convertirlos en sujetos de su propio desarrollo.

Dada la velocidad de los cambios tecnológicos, parece evidente que, más que formar para ocupaciones específicas que se modifican día a día, hay que privilegiar una formación general polivalente[5], orientada a desarrollar habilidades comunicativas, de adaptación al cambio, analíticas, de solución de problemas y aprendizaje y reaprendizaje continuo en la práctica. Esto implica trabajar seriamente en las escuelas en procura de una educación básica de calidad. Por ello, no podemos olvidar que el dominio de las habilidades básicas en lectoescritura, comunicación y cálculo —entre otras—, y la internalización de valores fundamentales como curiosidad, responsabilidad, creatividad, cooperación, orden, honestidad..., son absolutamente necesarios, no sólo para el ejercicio de la ciudadanía, sino para una participación no marginal en el mercado de trabajo. Una educación productiva supone también garantizar que los alumnos no abandonen las escuelas sin haber adquirido esas capacidades y valores. Se trata de desterrar la escuela caletrera e irrelevante, para promover con fuerza una escuela que enseñe a aprender, enseñe a pensar, enseñe a trabajar y producir con calidad y, como desarrollamos antes, enseñe a vivir y construir la genuina democracia.

Se trata de desterrar la escuela caletrera e irrelevante, para promover con fuerza una escuela que enseñe a aprender, enseñe a pensar, enseñe a trabajar y producir con calidad y, como desarrollamos antes, enseñe a vivir y construir la genuina democracia

LAS ESCUELAS, LUGARES DE EXPRESION Y CELEBRACION DE LA VIDA

Si la escuela tradicional es tan tediosa y aburrida, necesitamos escuelas que se propongan seriamente ser lugares del disfrute en la comunicación, en la creación y en la amistad. En momentos en que impera la cultura de la muerte y la mayoría de las personas experimentan la vida como inseguridad, problemas, miedo, violencia, frustración, anomia, soledad..., las escuelas deben ser lugares donde se vive, se celebra la vida y se aprende a gozar. El gozo debe ser considerado como punto de partida y de llegada, acicate para vivir y clave de la vida misma. La pedagogía de la alegría debe penetrar todos los recintos escolares. Pedagogía que parte de los intereses e inquietudes de los alumnos y promueve actividades que generan su entusiasmo, que movilizan sus energías en una aventura lúdica, compartida, creativa. La creación y el trabajo significativo, lejos de ser fuente de fastidio y aburrimiento, se transforman en germen de plenitud y gozo. A todos nos embarga una gran alegría cuando inventamos, cuando creamos, cuando resolvemos los problemas, cuando hacemos cosas bellas y útiles, cuando valoran y aprecian lo que hacemos, cuando ayudamos a los demás.

De ahí que el principal principio pedagógico, fundamento de todos los demás, es el amor a los alumnos. En educación, es imposible la efectividad sin afectividad. De bien poco va a servir que el maestro se haya graduado con calificaciones excelentes, que haya asistido a todos los cursos habidos y por haber, que haya concluido sus postgrados en las

mejores universidades y tenga un abultadísimo currículum si, en primer lugar, sencilla y voluntariamente, no parte del amor a los alumnos. A todos los alumnos, en especial, a los que tienen más carencias y problemas. Querer al alumno supone creer en él, en sus capacidades, alegrarse con sus éxitos aunque sean pequeños y parciales, respetar su ritmo y modo de aprender, y tenderle siempre la mano para que vaya tan lejos como le sea posible en su crecimiento y desarrollo. Es educador el que ayuda al alumno a descubrir y potenciar todas sus posibilidades. Para esto es imprescindible crear un clima de verdadera comunicación y respeto, donde los alumnos se sientan invitados a expresarse con toda libertad, y donde sus saberes, inquietudes, preocupaciones y problemas se constituyen en el eje fundamental sobre el que se va construyendo el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Querer al alumno supone creer en él, en sus capacidades, alegrarse con sus éxitos aunque sean pequeños y parciales, respetar su ritmo y modo de aprender, y tenderle siempre la mano para que vaya tan lejos como le sea posible en su crecimiento y desarrollo

Las escuelas deben ser también lugares donde crezcan y se cultiven amistades sinceras, que pueden ir cicatrizando las heridas de la soledad, el desamor y la desvalorización. La genuina amistad hay que promoverla y alimentarla. De ahí que el recreo, el deporte, las actividades culturales, las fiestas, las convivencias, los centros de estudiantes, los grupos estudiantiles de ciencias, teatro, música..., tienen una dimensión educativa con frecuencia más profunda que todo el trabajo del aula. Este tipo de actividades que fortalecen la voluntad, la identidad, la pertenencia, que desarrollan la expresión, la sensibilidad, el goce estético, que cultivan la necesidad de protagonizar algo, que dejan un enorme campo abierto a la innovación y la creatividad, son las que calan más hondo en el espíritu y marcan la persona para toda la vida.

NOTAS

1. Cf. Marco Raúl Mejía, **Escuela en el Fin de Siglo**. Cinep, Bogotá, 1995.
2. Cf. Antonio Leal, «La política en el fin de siglo. Democracia y derechos de ciudadanía». **La Piragua**, N. 10, Santiago, 1995.3
3. Cf. Diego Palma, «La construcción de Prometeo. Educación para una democracia latinoamericana». **Tarea**, CEAAL, Santiago, 1993.
4. Cf. Carlos Calvo, «¿Crisis de la Educación o crisis de la Escuela?», en Jorge Osorio y Luis Weinstein (de), **El corazón del Arco Iris**, CEAAI, Santiago, 1993.
5. El concepto y algunas ideas de su desarrollo se los debo a Marco Raúl Mejía, op. cit. ■

Antonio Pérez-Esclarín es Director del Centro de Formación P. Joaquín, de Fe y Alegría, y miembro de CEPAP-UNESR.